

Albert Soler

BARRETINAS Y ESTRELLAS

Un paseo por el esperpéntico
circo del independentismo



Barretinas y estrellas

Un paseo por el esperpéntico circo del independentismo

Albert Soler

© Albert Soler Buñ, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 21.763-2020
ISBN: 978-84-9942-962-5

ÍNDICE

El Viales	13
Ese circo de los horrores	16
Al principio y al final, siempre con Ferrovial	21
Los pastorcillos de Perpiñán	24
Una saga a la gerundense	28
El magistrado da una clase magistral	32
Mascarillas para la gran mascarada	35
Desconfinamiento soberano	39
Donaire Daffyd, <i>the only gay in the police</i>	42
El malvado ejército español	46
Vila-Roja, donde la ley se cumple	49
Nuestro frustrado premio Nobel	54
El lacismo existe en España	59
Cucarachas en el poder o el corazón de la Cataluña profunda	64
Para lo que ha quedado la épica	72
Semáforos poco patriotas	77
Un refugio cerca de casa	81
La nueva historia se escribe en casa	87
Los tres pilares de la sabiduría	93
De lacistas y maricones	97
Antoni Bassas se siente negro	102
Devorando a sus hijos	106
<i>El nacional, Vilaweb</i> y otras cosas de meter	109
El mejor Sant Jordi en décadas	113

Si aquí no me gusta, me voy a vivir allí	119
¿Converqué? No me suena	123
Pujol, reo nonagenario	127
Toma el dinero de TV ₃ y corre	135
Al rescate, pero a pedales	141
Ríanse de Stalingrado y de Verdún	148
La salud, en buenas manos	151
1.714.000 mascarillas, ¡maldita sea!	155
La portavoz sin nada que decir	159
Lo que queda de los viejos catalanes	163
Un matrimonio burgalés en la Girona profunda	168
Vigilancia permanente en la urbanización Golf Girona	174
En mi patio trasero sí, gracias	179
Hay que buscar enemigos donde sea	184
Pérez Galdós, Cataluña y el <i>procés</i>	188
¡Siempre en pie!	196
Los mil primeros días en la trena	199
La solución pasa por la negociación	204
Cómo convertirse al lacismo	209
La Moliner	212
Accesorios de regímenes fallidos	217
El guardián entre el cemento	220
Aquellos locos con sus locas camisetas	223
El comercio catalán, en buenas manos	226
Todo el mundo se va al exilio, y yo también	229
Presidentorra, otro elefante en el cementerio	232
El nieto barbudo del alcalde franquista	237
Epílogo	243
Agradecimientos	247
Índice onomástico	249

EL VIVALES

Mi padre, ochenta y cinco años y poco hablador, llevaba días viendo en los noticiarios de la televisión catalana las imágenes del fugado Puigdemont en Waterloo, con su chalé, sus comilonas y sus periódicas solicitudes a los catalanes para que engordaran la caja de resistencia que le permitía mantener su tren de vida. En esas, el viejo soltó su sentencia. Los abuelos son muy de sentencias, concisas como disparos de una Star, que una vez pronunciadas permanecen resonando en la cabeza. Me pareció incluso que en el comedor quedó cierto olor a pólvora:

—*Aquest és un vivales.*

Bang.

Me gustó escuchar de nuevo una palabra en desuso que tenía olvidada en la memoria, me gustó recuperarla, me gustó buscarla en el diccionario y hallar una definición, «persona vividora y desaprensiva», a la que no le faltaba más que la foto de Puigdemont comiendo mejillones en Bélgica a cuenta de los seguidores de su fe y saludando a la cámara —quizás con un lamparón en la camisa—, para alcanzar la perfección.

Al Vivalés, cuando no era todavía el Vivalés, lo conocí como Puigdi, que así le llamaban en el *Punt Diari*, donde entré a trabajar. Le llamaban también Wally, eso a sus espaldas, por su flequillo y sus gafas, y supongo que también por su perenne sonrisa bobalicona, no porque tuviera facilidad de ca-

muflarse entre las multitudes. Lo primero que supe de él me lo confesó, al poco de entrar en la redacción, un viejo periodista al que tenían escribiendo temas de religión, lo cual unido a mi noviciado en la profesión, obligaba a creer en sus palabras.

—¿Ves a ese de ahí? —me soltó, señalando al tipo de gafas y flequillo que, por el lugar que ocupaba (no un despacho, aunque sí una mesa con visión panorámica sobre toda la redacción), era sin lugar a dudas algún cargo en aquel periódico fundado tan solo diez años atrás.

No es que destacara por nada, más bien era un chico gris, pero aun así yo lo veía, claro que lo veía. Resultó que la pregunta era retórica. El experto en religión no esperó mi respuesta y continuó impartiendo doctrina.

—Si una cosa no soporta es que un teléfono suene más de tres veces, se pone muy nervioso. Así que ya sabes.

Así que ya supe.

Uno tiene la sospecha de que, ya convertido en el Vivales e instalado en el Palau de la Generalitat, algún insensato dejó que un teléfono del edificio, quién sabe si en un recóndito e inutilizado despacho, sonara cuatro veces, quizás cinco si nos ponemos en modo apocalíptico. Fue entonces cuando se desencadenó todo. La furia del *president* fue fulminante: referéndum, proclamación durante ocho segundos de la república y posterior exilio cinco estrellas a Waterloo, donde no parece que se haya aplacado la rabia nacida por aquel maldito teléfono. A buen seguro que en el palacete donde vive su particular exilio no hay teléfonos o, si los hay, existe personal dedicado en exclusiva a que no suenen más allá del fatídico número de las tres veces, no sea que el Vivales padezca una nueva crisis nerviosa.

Con la perspectiva que da el paso del tiempo, uno recuerda las actuaciones que el Vivales protagonizó antes de su ascenso

a dedo a la presidencia de la Generalitat, cuando era alcalde de Girona, y piensa que también en el ayuntamiento de esta ciudad debían sonar los teléfonos a base de bien. Solo las crisis nerviosas con origen telefónico que le sobrevienen al ahora fugado pueden explicar que permitiera a una empresa privada construir un restaurante en zona restringida, eximiéndole de pagar los impuestos que le correspondían, y, por si fuera poco, ejercer él mismo de representante comercial de dicho restaurante en su presentación en Barcelona. Las fotos que mostraban a todo un primer edil como si fuera Saza en *La escopeta nacional*, sumieron en la vergüenza a los gerundenses, gente ya de por sí muy reacia a hacer el ridículo, aunque sea a través de su regidor. El ruido del teléfono sería así mismo lo que provocó que, también como alcalde, gastara una millonada en un fondo de arte que nadie ha visto todavía, y que sacara el dinero para la compra de este de un impuesto sobre el agua corriente que pagan todos los ciudadanos, cuestión por la que está siendo investigado judicialmente. Hará bien su abogado defensor de alegar ante el juez que cuando tomó tan —presuntamente— delictiva decisión, el Vivales estaba bajo los efectos de un teléfono que había sonado la friolera de media docena de veces. Su señoría lo comprenderá. Lo mismo vale, por supuesto, para cuando deba rendir cuentas de los delitos cometidos ya como presidente de la Generalitat. No ha nacido presidente de tribunal que se atreva a condenar a alguien que ha escuchado más de tres veces el ring de un teléfono, suponiendo que los teléfonos todavía hagan ring.

El Vivales. Mi padre sí que sabe.

ESE CIRCO DE LOS HORRORES

Un tipo que escribe un libro relatando su apasionante experiencia de berrear cada noche «*Bona nit*» a las puertas de una prisión, armado con un megáfono. Un policía autonómico que tiene la gran suerte de ser homosexual y usa esa inclinación sexual para defenderse de cualquier crítica. Un actor de medio pelo, envidioso de todo aquel que tenga más talento que él, ergo de todo el mundo mundial, que tuitea una burrada diaria como método de mendigar una aparición en TV3. Una presunta periodista, presunta escritora y nada presunta lameculos que lo más interesante que ha realizado en su vida es una paella en Cadaqués para arrimarse —metafórica y literalmente— más si cabe, al poder. Un presidente de la Cámara de Comercio que se pasea en automóvil con una careta del Vivaldi en el asiento del copiloto. Una monja argentina convertida en la sor Citroën del lacismo, religión que va más allá de lucir o colocar lazos amarillos y que incluye adhesiones ciegas al líder. *Cotarelo y Talegón, contra el «Gang» del Chicharrón*, o cómo comer caliente gracias a los catalanes. Un vividor de pisos turísticos de pelo canoso y cerebro infantil. Joan BonaNit, Albert Donaire, Toni Albà, Pilar Rahola, Joan Canadell, Lucía Caram, Ramón Cotarelo, Bea Talegón, Mark Serra, respectivamente. Ya sé que algunos de ellos van a aparecer en estas mismas páginas, pero apetece nombrarlos a todos juntos, leerlos incluso

en voz alta como si fuera una oración, no para alcanzar el cielo, aunque sí para entender en lo que ha quedado Cataluña. Con tales mimbres era imposible conseguir no ya la independencia, sino una comunidad autónoma medio decente, qué digo, ni tan siquiera una comunidad de vecinos apañadita. Eso sí, eran los mimbres ideales para lograr ser el hazmerreír universal, que de eso debía tratarse cuando nos aseguraban que el mundo nos miraba. Cómo no iba a mirarnos.

Supongo que todo país tiene la intelectualidad que merece. Esa es la catalana. Nuestra fuerza de choque, nuestra Guardia de Corps. No tengo constancia de que se les haya podido reunir en una fotografía, dejo aquí la idea por si algún fotógrafo con pocos escrúpulos se anima. Sería la imagen que mejor explicaría en qué ha quedado Cataluña. En los libros de historia, en el capítulo dedicado al *procés*, bajo el título, sobraría el texto; sería suficiente con la fotografía de esos luchadores, de esos pensadores, de esos ingenieros del futuro del país. Con un somero vistazo a la foto, las generaciones venideras comprenderían al instante las razones por las que todo fue un esperpento: no existía ni la más remota posibilidad de que nada saliera bien.

Tomando un día el aperitivo con Valentí Puig en una terraza de Barcelona —él un agua con gas, yo un Bitter Kas—, el prestigioso intelectual me preguntó qué pensaba yo del *procés*. Él a mí. Vaya usted a culturizarse a Barcelona, viaje usted con la esperanza de aprender algo de uno de los hombres de mente más lúcida del país, para que este le pregunte a usted. Supongo que le respondí alguna nadería, algo así como que todo me parecía únicamente una ópera bufa —me parece que por aquel entonces el Vivaldi ya vivía a cuerpo de rey en Waterloo—, que a alguien que nació y vive en Girona, zona cero del *procés*, estos charlatanes no le engañan, que los conoce demasiado. En fin, que no le aporté al pobre Valentí

Puig nada de interés. Él, en cambio, con una sola frase sentenció una década —quizás varias— de historia de Cataluña y a sus protagonistas.

—El problema de Cataluña es que ha pasado de tener a Carles Riba como intelectual de referencia, a tener a Toni Soler —me soltó, con su acento mallorquín y su media sonrisa de *bon vivant*. Y a continuación le dio un sorbito a su agua con gas, digo yo que para ayudar a pasar el mal trago.

Tal afirmación, soltada a bocajarro en una terracita barcelonesa, pone los pelos de punta porque le sitúa a uno ante la cruda realidad. Y más vale no salir de Cataluña porque, si uno piensa en Jean-Paul Sartre enardecido a los estudiantes parisinos en mayo del 68 y al volver la mirada se topa con Toni Albà haciendo lo propio desde Twitter con los lacistas catalanes, comprende que en Cataluña cualquier revuelta está destinada, no al fracaso, que en cierto modo posee todavía algo de épica y de romanticismo, sino al más vil ridículo.

Algo tendrá que ver la universidad en ello. El antaño templo del saber se convirtió en feudo lacista, lo cual lleva aparejado que entre sus paredes puedan celebrarse solamente actos no desafectos al régimen, so pena de ser boicoteados por asociaciones de estudiantes, casi siempre con la aquiescencia de parte del profesorado y del rectorado. Si había un lugar donde todas las ideas podían debatirse y discutirse, era la universidad. Eso ha ido cambiando en todo el mundo, y no son pocas las universidades que vetan la exposición de determinadas ideas para «proteger» a sus alumnos más sensibles, como si fueran señoritas de la burguesía decimonónica. En algunas, he leído que se ha llegado a expulsar del temario a filósofos de la Grecia clásica por su visión excesivamente machista —o no suficientemente feminista, que al parecer es lo mismo— de la humanidad.

En Cataluña la situación se agrava, puesto que se intenta proteger a los inocentes estudiantes de las ideas no lacistas que

podrían contaminar su cerebro. No es casual, por tanto, que en la Universitat de Girona hayan sido postergados profesores como Javier Cercas o Salvador Oliva. Los mismos que a Cercas le doraban la píldora a todas horas y se decían sus amigos mientras salían de copas juntos por la Girona nocturna, hoy le llaman *botifler*, eso cuando no dejan de lado la hipocresía y le tachan sin tapujos de «charnego desagradecido». La razón: escribir artículos críticos sobre el *procés*. El caso de Salvador Oliva, catalán de pura cepa, es incluso más patético: ni haber traducido al catalán toda la obra de Shakespeare —incluida la poesía— le ha valido para evitar convertirse en un apestado. La razón es también haberse opuesto y haber denunciado desde el principio los delirios independentistas. Hay verdades reveladas que no pueden ponerse en duda ni siquiera en la universidad —por lo menos no en la de Girona— so pena de excomunión. De entre ellas la fundamental es el sacrosanto derecho —qué digo, la obligación divina— de Cataluña a la independencia.

Todo ello —añadido a que se valora más el dominio de la lengua catalana que las capacidades académicas a la hora de contratar profesores— conlleva un desprestigio flagrante de la universidad catalana, que se está despeñando con prisa y además sin pausa hacia los avernos del saber, es decir, hacia la ignorancia enciclopédica. No hace mucho me contaban que una profesora de la UdG llamó a la puerta de un aula de la Facultad de Letras, donde un colega estaba impartiendo clase. Asomó la cabeza y pidió permiso a su compañero para dirigirse a los alumnos, pues tenía algo importante que comunicarles. Asintió el colega, seguro de que la interrupción tendría motivo de enjundia, quizás incluso pensó que él mismo podría aprovechar lo que iba a decir la profesora intrusa; quién sabe, a lo mejor se había descubierto en algún paraje desértico una nueva piedra de Rosetta o alguien había robado de nuevo la *Gioconda*, y él sin enterarse por estar metido en clase intentan-

do enseñarles algo a esa pandilla de botarates que le había tocado en suerte este año, que hay que ver cómo llegan del instituto.

Agradeció la profesora el gesto, se situó al frente del aula, y anunció a los alumnos que, a pocos metros de la universidad, en el museo de arte de la ciudad, se había inaugurado una exposición que no debían perderse. Hizo un gesto que denotaba que añadiría las razones por las que era tan perentorio visitarla, y aquí alumnos y profesor contuvieron la respiración. Asistirían quizás a una clase maestra sobre arte, donde se les descubrirían recovecos y detalles que por sí mismos jamás hubieran imaginado. Añadió la profesora:

—Debéis ir a verla porque es moníííísimísima.

Y dicho esto, agradeció a los alumnos su atención, al boquiabierto profesor su amabilidad, tomó la puerta y se marchó. Cuentan que profesor y alumnos no pudieron seguir con la clase, no tanto por tratar de digerir los apasionantes conocimientos que les habían sido revelados, como porque las risas impedían cualquier actividad docente en lo que restaba de mañana.

La moníííísimísima profesora se llamaba Mariàngela Vilallonga y al poco tiempo fue elevada a *consellera* de Cultura de la Generalitat. Gracias a este nombramiento ha podido llevar a cabo su máxima aspiración en esta vida, que no es otra que poder colgar en las redes sociales cuantas más fotos suyas mejor, con sus zapatitos acabados de comprar. Moníííísimos, por cierto. No se le conoce ninguna otra acción de gobierno, aunque hay que decir en su favor que en su caso es de agradecer que se quede quieta sin tocar nada, limitándose a estar moníííísimísima.

El mundo se preguntará algún día cómo toda esta gente llegó a pintar algo en Cataluña. La respuesta la dio hace mucho tiempo W. B. Yeats en *La segunda venida*: «Los mejores carecen de toda convicción mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad».